

Juan Pablo II planteó en la *Novo Millenio Ineunte* la necesidad de promover una espiritualidad de la comunión como principio educativo en todos los espacios donde se forma el hombre y el cristiano y donde se construyen las familias y las comunidades. El gran desafío en este nuevo milenio, según las palabras del Papa, es hacer de la Iglesia “la casa y la escuela de la comunión”, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

El Papa Benedicto XVI, siguiendo esta línea rectora, nos hizo un llamado a todos, en la Misa de inauguración de su Pontificado, para que vivamos, en primer lugar, en íntima comunión con Jesucristo: «Quien deja entrar a Cristo en su vida no pierde nada, absolutamente nada, de lo que hace la vida libre, bella y grande. Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. El no quita nada y lo da todo» (Homilía 24 abril 2005, inauguración del Pontificado de Benedicto XVI). Esa amistad con Jesucristo nos hace sentirnos amados pero, a la vez, nos hace sentir la necesidad de comunicar a otros ese amor: “Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él”. (Ibidem).

El tema de la comunión ha sido un eje fundamental también en el Magisterio de los Obispos de América Latina y el Caribe, especialmente a partir de Puebla, donde la comunión y la participación aparecen como los dinamismos transformadores de la vida humana, tanto personal como social, en orden a edificar la Iglesia en sus diversos niveles y a impulsar la dimensión misionera de la evangelización (Cfr. Puebla, 567). Santo Domingo centra su atención en la construcción de comunidades eclesiales vivas y dinámicas y comienza expresando las palabras de Jesús: “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn, 17,21). (SD, 54)

El Documento de Participación preparatorio a la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe retoma el tema diciendo que “el llamado y el amor predilecto de Jesucristo por sus discípulos, crea en ellos la comunión fraterna, una comunidad unida en Cristo” (DP, 66); y expresa que “una comunidad unida, sacramento de comunión con Dios y entre los hermanos, es normalmente la condición necesaria para la formación de discípulo” (DP, 69). Así, la comunión se convierte en requisito para la formación y en fruto maduro de la misma.

Para contribuir modestamente a esta reflexión, la Revista Medellín se complace en presentar una serie de estudios sobre la comunión, elaborados por algunos de los presbíteros en sus trabajos de tesis para optar por el título de Licenciatura Canónica en Teología. En estos artículos se profundiza en el origen, la naturaleza, el modelo y el fundamento teológico de la comunión eclesial, adentrándose en el corazón del misterio de la comunión trinitaria; se urge, desde una aproximación bíblica y patrística, el diseño de un nuevo modelo de presbítero, caracterizado por la fraternidad, el servicio, la dimensión misionera y la cercanía a los pobres y pequeños, lo cual exige una vida en comunión en el presbiterio, una corresponsabilidad desde la diversidad de carismas y ministerios, y una formación permanente para el pastoreo; se identifica la caridad pastoral como la raíz de la identidad del presbítero, la cual se vuelve una exigencia del estilo de vida propio, no solo del presbítero como tal, sino del candidato al presbiterado desde su formación inicial; se destaca la dimensión comunicativa de la celebración eucarística desde una perspectiva teológica, con el fin de valorar como lugares teológicos tanto a la celebración como a la comunicación, ya que en ellas se revela el rostro de Dios y se hace realidad su proyecto salvífico; y se proyecta en la formación permanente del presbítero, en sus diversas dimensiones, como uno de los elementos fundamentales del seguimiento del Señor que exige un proceso de conversión, de identidad vocacional y de comunión fraterna.

Esperamos que estas reflexiones sean un aporte para la preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe a realizarse en Aparecida, Brasil, en Mayo de 2007, sobre el tema “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida” y con el lema evangélico “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6).

El Director